

A LA ORILLA DE LA NOCHE

Andrés Henestrosa dice haber nacido inesperadamente, al mediodía de un sol sin sombras del que no puede saberse si irá a la izquierda o a la derecha. Nació una tarde idéntica a aquella en que lo hizo la niña-lluvia *Bendayuuze* que viene de la montaña impulsada por el viento, y como ella, que primero fue serpiente, Andrés ha llegado a ser sabio y lleno de días. Cuando la comadrona llegó para

* Para la realización de este ensayo biográfico consulté el archivo hemerográfico del escritor, del Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura, del INBA (Brasil 37, Centro). También las siguientes obras: *Los hombres que dispersó la danza*, en la edición de la SEP (Lecturas Mexicanas 77, segunda serie, 1987), y en la edición de Miguel Ángel Porrúa (México, 1997), que el autor considera la versión definitiva al incluir seis relatos más que en la edición de la SEP; *Cartas sin sobre. Confidencias y poemas al olvido* (Miguel Ángel Porrúa, 1996), donde está incluido *El retrato de mi madre*. Por lo que respecta a su obra periodística, me fue de gran ayuda la antología *Mágica y hechicera Oaxaca* (Miguel Ángel Porrúa, 2001). Todas las citas provienen de estos documentos. Agradezco a Óscar Mata las precisiones que me hizo relacionadas con la legendaria colección Los Presentes, del maestro Juan José Arreola.

** Alumno de la Especialización en Literatura Mexicana del Siglo XX.

asistir el parto, el niño ya estaba en el petate, con el llanto agrupado en los labios y el ombligo cortado por dos piedras filosas. Según una superstición local, nacer así, en hora tan indecisa, es algo que sólo hacen los locos...

Nació en Ixhuatán, Oaxaca, el 30 de noviembre de 1906. Su lengua materna fue el zapoteco, que junto con el idioma huabe, fue el único que realmente habló hasta los quince años. Creció en un mundo mágico, pleno de mitos, leyendas, fábulas, supersticiones, donde la fantasía genésica le impone a la imaginación misterios y silencios. Descendiente de un pueblo viejo y enigmático poseedor de un lenguaje hermoso rebosante de metáforas, era natural que su apetencia fuera de gloria, porque el mito es apetencia de gloria, afirma Andrés Henestrosa.

Su madre fue Andrea Henestrosa Pineda, *Tina Man*, mestiza de piel clara de quien Andrés recuerda muchas cosas, sobre todo la voz, una voz que llama, ordena, canta, reza y arrulla. Mujer feroz e implacable que, a decir del hijo, al llegar la hora de premiar sabía hacerlo como también era irrevocable con el castigo. De su padre, Arnulfo Morales Nieto, mestizo de complexión indígena, únicamente recuerda, entre relentes, su baja estatura y las piernas ligeramente estevadas. No guarda memoria de su rostro pues murió cuando su hijo era muy pequeño. En cambio, recuerda bien su voz: un hablar que no era de Juchitán sino de Tehuantepec donde se le pegó el tono zapoteco. Desde entonces Andrés resulta sensible a las voces, "como una casa abandonada de la que jamás desaparece el eco del último hombre que la habitó".

La suya fue una infancia de cielo azul extenso, maíz tierno y olor a pan, un olor mágico sólo comparable con el aroma de la manta nueva o del guarache recién comprado. Pero no fue un niño inocente, como nadie que crezca en el monte, donde no hay inocencia pero tampoco malicia, donde las cosas sencillamente suceden ante los ojos, en medio de los dos únicos sucesos que tienen estatuto de acontecimientos: el nacimiento y la muerte, y entre ellos transcurre como ensueño la vida, pasa

ignota, viéndose con la misma naturalidad la llegada de un niño que la agonía de un hombre. Sin embargo, en su recuerdo se ve cantando y danzando en corro con otros niños, todos con la cabeza hacia delante y las manos anudadas, exhalando un canto triste y monótono “a la orilla de la noche”.

Andrés Henestrosa se califica como el blanquito de la familia, aunque en sus venas corran distintas sangres. Entre burlas y veras afirma que sus abuelos huabes dormían con un ojo abierto y otro cerrado para estar siempre dormidos y despiertos. Quizás a ello se deba —piensa su amiga Martha Chapa— ese modo intenso de trabajar, moverse, desvelarse, pues lo ha heredado todo de sus antepasados, y porque el trabajo —sostiene el propio Andrés— es la única forma de detener el tiempo.

Viajó por primera vez a la ciudad de México, cuando aún no cumplía los cinco años. Vino con su abuela analfabeta quien, como él, no hablaba español. Era mediados de abril de 1911 cuando arribaron a la capital. La anciana había sido mordida por un perro rabioso y venía a curarse. En la ciudad los esperaba, en su casa de San Ángel, muy cerca de la iglesia del Carmen, el padre de Andrés, que estaba aquí tratándose una tisis, enfermedad entonces incurable. Arnulfo Morales regresó a morir a su tierra, un 11 de junio de ese año, a las cinco de la mañana. A pesar de su corta edad, Andrés recuerda muy bien el lamento con reminiscencias mitológicas que su madre profirió ante el esposo muerto:

“¿Por dónde iré para encontrarte? Yo no sé por dónde nace el sol, ni por dónde muere. Tú lo sabías y me guiabas. ¿Con quién dejaste, Arnulfo, las prendas que tanto amabas? Mañana sólo quedará de ti el recuerdo, el dulce nombre. Y comeré mi pan húmedo en llanto.”

Tras la muerte del padre, Martina Man debió hacerse cargo de los seis hijos. La situación económica no era mala, pero “la Revolución mexicana, que entonces todavía no llegaba al gobierno, llenaba de espanto el pecho cóncavo de los mexicanos. Y el robo, el asesinato, el estupro, eran afares cotidianos. Y no era menester el don de la profecía para advertir que nuevas

desventuras se cernían sobre nuestra casa, ya llena de goteras —rememora Henestrosa en *El retrato de mi madre*—. [...] Y otra tarde, tan triste como aquella en que salimos del pueblo, volvimos al pueblo. Nuestra casa había sido saqueada y quemada por los revolucionarios...” Tina Man, sabedora de que tarde o temprano todo lo perderían, comenzó a repartir sus bienes, riqueza, ganado, hasta dilapidarlo. Y entonces, ya sin nada, volvió a casarse, y los hijos la abandonaron, excepto Andrés. Su nuevo matrimonio duró sólo un año, al cabo del cual enviudó nuevamente, ahora sí para siempre. Los hijos regresaron y la pobreza, que tan feraz llegó a ser en el imaginario de Henestrosa, también los alcanzó.

Andrés recuerda que en la casa de su infancia sólo había dos libros, uno aportado por el padre y otro por la madre al patrimonio familiar. En Ixhuatán comenzó su instrucción primaria, sin embargo, “pueblo corto y apartado” al que no llegaban los maestros, debió concluir la en Juchitán, donde por primera vez escuchó hablar de Juárez, a quien se le cantaba y estudiaba. Pronto se transformaría, junto con Ignacio Manuel Altamirano, en su modelo. “De Altamirano —dice Henestrosa— aprendí la vocación por dominar la lengua castellana. Y de Juárez la constancia y la firme seguridad de saber que el que persiste logrará al final tener razón.”

UNA DIRECCIÓN EN LA MEMORIA

Al finalizar 1922, a la edad de quince años, Andrés Henestrosa sale de su tierra, primero rumbo al Istmo, después a Juchitán y más tarde a la ciudad de México. La razón del viaje fue que un paisano suyo, Froylán Pérez Ulrich, había emigrado poco antes y había logrado colocarse en la Escuela Normal. Fue él quien lo convenció de hacer lo mismo, con la vaga idea de convertirse también en beneficiario de la revolución gracias a la política educativa de Vasconcelos, que como ministro proclamaba, dice

Henestrosa, la instrucción, las aulas, alimento a los pobres, a los huérfanos y a los indios. Por eso decidió emigrar, solo, montado en su caballo, que vendió por cien pesos al llegar a la estación Reforma, del Istmo, dinero que le sirvió para viajar a Juchitán y posteriormente a México, a donde llegó el 28 de diciembre de 1922, el día de los Santos Inocentes, con treinta pesos en el bolsillo y una dirección en la memoria: Cuba 8, altos 4. Allí vivía Benigno B. Jiménez, el paisano que habría de hospedarlo.

Arribó a la estación Buenavista del tren. Recuerda verse iluminado por una luz esplendorosa que lo maravilló. Lo sedujeron las casas, las calles, la gente, toda de sombrero y de caminar despacio. Inocente, Andrés se extravió cuando caminó en sentido contrario al que debía hacerlo. A pesar de ello, confiesa no haber sentido miedo y, además, supo en ese momento que se quedaría para siempre. Al descubrirse extraviado, se sentó en una banca del parque Unión, a donde había ido a dar, y se echó a llorar por lo que había dejado atrás, lejos. Un hombre, al verlo, lo compadeció y le explicó cómo llegar a la calle de Cuba.

Llegaba a la ciudad con la idea de realizar un sueño: estudiar y convertirse en tenedor de libros, profesión que lo convertiría, pensaba, en un hombre sabio. Y es que uno de sus tíos, precisamente tenedor de libros, era para Andrés imagen del saber: siempre “con sus mangas de lustrina negra, un lápiz en la oreja y una expresión grave que era el símbolo de la sabiduría”. Con los años supo que sin el conocimiento del español no habría sido nunca el hombre que oscuramente soñaba ser. Tiempo atrás, cuando tenía doce, una gitana cartomante le había augurado que viviría muchos años, como catorce veces seis, que se iría lejos y sería un hombre triste, muy desgraciado, pero no por mucho tiempo, y sería famoso...

Una vez en México se abonó —treinta comidas por quince pesos— en el mismo edificio donde hasta la fecha tiene su oficina: Motolinía número 8, altos. Cuando se le acabó este primer empleo, comenzó a padecer, pero no quiso ser cargador y decidió no morirse de hambre. Visitaba las cantinas, de las que está

llenó el Centro Histórico y, sin consumir nada, a hurtadillas comía algo de las espléndidas botanas que entonces se ofrecían en todas ellas y que algunos bebedores despreciaban; de paso tomaba alguna cerveza o tequila dejado a la mitad. Dormía donde le agarraba la noche.

Un día decidió por fin buscar a Vasconcelos, aunque el periodo de becas e inscripciones para la Normal hacía varios meses que había pasado. Lo hizo porque no había venido desde muy lejos y de muy abajo —como le dijo a Griselda Álvarez— por nada. Cuando llegó a la oficina del ministro de Educación Pública expuso, a través de un intérprete, su caso, pero sus razones resultaron insuficientes. No obstante, no se dio por vencido y quiso mandar un último mensaje:

Dígale al señor Vasconcelos —le insistió al secretario particular— que estoy aquí por culpa suya; pues él ha dicho que servirá al indio, al huérfano y al pobre, y yo soy indio, huérfano y pobre.

Vasconcelos reaccionó generosamente. Me dio lo único que en aquel momento podía darme: cama y lavado de ropa en la Normal y una colección de clásicos...

En 1924 se inscribió en la Escuela Nacional Preparatoria, en la que se graduó de bachiller en ciencias y artes. Inscrito en la Escuela de Jurisprudencia, siguió la carrera de licenciado en derecho, sin graduarse. Andrés Henestrosa asimiló el español durante los años que siguieron, de 1922 a 1927, sobre todo leyendo intensamente, no con el fin primordial de conocer las obras sino de aprender el idioma. En el proceso de sus lecturas descubrió algo muy importante: se percató de que era dueño de cosas muy hermosas, tan válidas como las que había conocido a través de los libros. Supo que las leyendas, los mitos, las tradiciones y fábulas indígenas que vivían en él resultaban tan buenas como las de China, India, Japón, Rusia, Malasia. Así, por sugerencia de su maestro Antonio Caso, nació su libro *Los hombres que dispersó la danza*, cuya primera edición fue financiada por Antonieta Rivas Mercado (1900-1931), célebre mecenas

a quien Henestrosa consideraba su hada madrina. Conocido es que Antonieta se suicidó en la iglesia de Notre Dame, también que patrocinó la revista *Ulises* (1927-1928), el teatro del mismo nombre y a muchos escritores, entre ellos Villaurrutia y Novo.

El 30 de noviembre de 1929, día en que Henestrosa cumplía 23 años, recogió el primer ejemplar de su libro *Los hombres que dispersó la danza*. No tuvo tiempo ni oportunidad para revisar las pruebas, así es que no pudo evitar la desaparición del prólogo que Julio Torri le había escrito y tampoco pudo reclamar que no se incluyeran cinco leyendas.

Al año siguiente, Henestrosa publica su primer artículo periodístico, en un periódico llamado *La Raza*, del que únicamente vieron la luz cuatro números y que era editado por los istmeños que vivían en la ciudad de México. La publicación era una pequeña prosa llamada "La lluvia", en la que su autor reconoce haber calcado, no plagiado ni robado, al escritor Ramón María del Valle Inclán. El texto fue producto de una tarea escolar y había sido seleccionado por el profesor y alabado por el poeta Rafael Heliodoro Valle, quien al leerlo conminó a Henestrosa a seguir por el camino que parecía otearse.

Ese mismo año de 1929, Andrés participa en la campaña vasconcelista por la presidencia. Recorrió entonces gran parte del país, al tiempo que escribía cartas a sus amigos donde hacía descripciones y crónicas de la gira electoral; casi todas las cartas se perdieron, excepto aquéllas que llegaron a publicarse en periódicos y revistas de la época.

En 1936 fue becado por la Fundación Guggenheim de Nueva York para realizar "Estudios acerca de la significación de la cultura zapoteca en América". Permaneció por breves temporadas en Berkeley, California; Chicago, Illinois; Nueva Orleans, Louisiana; Nueva York y otros lugares, siempre investigando en archivos y bibliotecas: fonetizó el idioma zapoteco, preparó el alfabeto y un breve diccionario zapoteco-castellano. En Nueva Orleans, al mediar el año treinta y siete, escribió el *Retrato de mi madre*, carta a Ruth Dworkn, uno de los documentos

autobiográficos —reconoce la crítica— más emotivos y bellos en toda su obra, y que junto con *La visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes y *Canek* de Ermilo Abreu Gómez, resulta una de las obras mexicanas más veces editada.

El verdadero arranque de la carrera periodística de Henestrosa se da en 1938. En esta fecha llega al periódico *El Nacional*. Al principio escribía un artículo por semana, después una columna diaria, donde hablaba sobre libros, efemérides, escritores, etcétera. Por más de treinta años trabajó en el diario, al que entró después de mucho tiempo de resistirse, pues estaba convencido de que este medio había nacido para combatir a la oposición, la que antes había militado en el vasconcelismo. Superó sus resquemores gracias a la insistencia de Héctor Pérez Martínez y sólo cuando llegó a la dirección del diario Fernando Benítez.

LA INCONMENSURABLE CERTIDUMBRE

Para Andrés Henestrosa, un artista es sus emociones: debe vivir en éxtasis permanente, inventar infiernos y paraísos todos los días. Crear nos iguala a nuestros creadores; por eso, lo inventado por el hombre resultará siempre un mundo a su imagen y semejanza y eso es precisamente lo que logra el verbo. Mientras las cosas no sean nombradas, no existen, dice siguiendo lejanamente alguna tradición filosófica. Un hombre con talento es como Dios, porque crea. Pero el arte también consiste en contradecir la obra de Dios, de la naturaleza. Siempre el gran artista ha sido herético.

El arte es la revancha contra la vida, contra las adversidades, contra la muerte. Siempre habrá sueños que no puedan cumplirse, entre ellos el apetito de gloria, a pesar de que el hombre finque en la obra que le sobreviva una de sus escasas certezas de inmortalidad profana. Pero siempre, junto a ella, “la inconmensurable certidumbre de que no se podrá nunca ser inmortal”, y si la obra maestra no llega, el desasosiego persistirá sote-

rrado, vulnerando. Morir es errar el paso pero también dar con la verdad. Quien la encuentra podrá seguir viviendo a condición de no decirla. Mientras tanto, hay que trabajar: la mejor forma de anular el tiempo es mediante la creación. Escribir es vencer a la muerte con la fama, con la gloria, es una forma de luchar contra el olvido. “Qué cosa tan extraña —le dijo a su amiga Estela Shapiro— es la vida para el hombre. Se sabe pasajero, pero busca la eternidad en la palabra hermosa, en la luz que su pincel pueda captar y retener, en el golpe del cincel cuyo eco no cese. Yo no conozco dolor más grande ni señal más cierta del fracaso que no lograrlo.”

Henestrosa no cree en la inspiración dentro de la literatura:

lo que sirve es el oficio. Un Dios no llegará, como suponían los románticos, y te besará la frente. Lo que importa es sentarse a trabajar para citar a los demonios del arte. La creación literaria comienza a gestarse desde que el hombre empieza a ser una suma de recuerdos, porque con ellos una palabra se ha quedado en el pecho.

En su caso, siempre que se encuentra frente a una página en blanco, piensa que va a hacer una tarea escolar que un maestro le ha dejado para ver cómo ha avanzado en su aprendizaje del español.

Siempre que estoy frente a una página en blanco pienso que voy a tratar en una lengua que no es la mía; un poco, remotamente, siento que es lengua de dioses, de Tegules, y que tengo que manejarla con el máximo cuidado...

Andrés Henestrosa ha sido perseguido siempre por una obsesión: el oído, porque el hombre es oído —afirma—, y así lo demuestra cuando confiesa que las imágenes más lejanas y permanentes en su memoria enraizaron cuando fueron escuchadas: la voz violenta y dulce de su madre, el eco de su padre. Porque la palabra fue inventada por el eco, que es anterior a aquélla. El hombre oyó un eco y lo unió a otro, de donde nacieron las palabras y luego el lenguaje. Así fue como ocurrió: primero un eco, más tarde la palabra y por fin el lenguaje.

Escribir es un aprendizaje permanente. En su caso, Henestrosa escribe por traducirse, para ver si consigue decir en un idioma que no fue suyo cosas que siempre fueron suyas, para ver si logra decir en español cosas que piensa y siente en su lengua nativa. Porque el hombre es su idioma. En el idioma se traduce y retrata, se refleja y alcanza. Escribir es como un agua que quien la usa quisiera transparente, aunque con frecuencia la enturbie. Y por eso escribe, y por eso lee, para poner en práctica su idioma español, para traducir lo que piensa, y siempre con la esperanza de servir a la gente, y claro, si es posible, también de divertirla. A través de su escritura, lo que Henestrosa busca es ser útil, bien porque en una de esas logra enseñar algo o simplemente porque pudo distraer por un momento al lector, alejarlo de su realidad cotidiana.

Ser escritor es escribir con la emoción real para que el lector la pueda sentir. “La literatura no es nada más la buena gramática, las bellas palabras puestas en fila. Es también, y casi siempre, la verdad que se logra expresar. Además, hay una sola manera de decir las cosas cuando están hondamente sentidas, cuando son verdaderas, aunque técnicamente sean mentiras.” Parafraseando al filósofo que mató a Dios, el de *Ecce homo*, diremos que no hay estilos buenos en sí, al margen de los estados que comunican porque entonces no comunican nada. El estilo escoge a su lector —quien reconoce el *pathos* que le es dado—, se dirige más a unos que a otros, no quiere dirigirse a todos pues los estados interiores, las verdades que abre, no son reconocidas más que por algunos. Aquí lo verdadero funda lo bello, la ética es cobertura de la estética. El mismo Henestrosa ha dicho que las cosas, “si no pueden decirse como son, es mejor callarlas”, lo cual parece muy nietzscheano. Y en su misma “Confidencia a media voz” afirma —ahora siguiendo la tradición platónica— que “las palabras que dicen la verdad, y la belleza, y el bien, son las únicas cuyo eco no se apaga”. El estilo —agregamos siguiendo a Roland Barthes—, no es algo que se elija como acto deliberado, de hoy para mañana, producto de la reflexión

sobre la literatura: se eleva desde las profundidades míticas del escritor y se despliega fuera de su responsabilidad.

El trabajo literario, sostiene Andrés Henestrosa, por ser creación de un hombre, tiene contenido político, aunque no se advierta o no resulte explícito en la obra. Ser un buen literato es ser un buen político. Todo gran escritor hispanoamericano ha estado vinculado a esta actividad, “porque parece que ésa es la primera obligación de la inteligencia: entender la realidad nacional, interpretarla”. La política, opina Andrés, “es la actividad suprema del hombre, su quehacer máximo, la tarea más subyugante”, porque da la oportunidad de ayudar, siempre que se le encauce bien.

Como político (ha sido tres veces diputado federal y también senador en la quincuagésima legislatura), su principal preocupación fue por la gente, el mejoramiento de Oaxaca, a donde ha donado un par de bibliotecas, una en Coyul, que lleva su nombre, y otra en Ixhuatán, que lleva el nombre de su madre. El trabajo político le ha permitido una vida sin problemas económicos, reconoce, “ya que de la pluma no se vive, se agoniza y al mismo tiempo se goza”.

PARA NO MORIR

Andrés Henestrosa ha confesado a Martha Chapa que “cree en Dios sólo de noche y de día en el diablo, porque es blanco de día, negro de noche”. También Martha lo oyó decir que quiere vivir veinte años por cada uno de los hombres que ha sido: indio (zapoteco, huabe), blanco, negro, filipino y tiene una gotita de sangre judía. Es de esperarse, por eso, que vivirá hasta el 2006. No obstante, lo mejor que le podría suceder, admite él mismo, es vivir los ciento un años y cuatro meses que vivió su madre. Aunque en el fondo está convencido de que la única verdadera tragedia es haber nacido, “porque la vida es dolor, la vida es lágrimas, es sufrimiento, la vida es, en una palabra, muerte. Nacer para morir, ¿puede haber un dolor más grande? Primero, no

sabes de dónde vienes, no sabes dónde estás, no sabes hacia dónde te encaminas"... Por eso le pide a Dios —en el cual no cree de día— que lo deje vivir para amar la vida. Vino al mundo sin su voluntad, ahora desea permanecer en él por su voluntad.

Nadie me pidió permiso para nacer; me voy a ir de aquí sin que nadie me pregunte si me quiero ir, y conste que no me quiero ir. Quiero quedarme aquí, y quizás la explicación última de la obra es esa, que uno sobreviva a alguna de sus tareas. Y la del escritor es la búsqueda cotidiana, dormido y despierto, para dar con esa palabra en que pueda pasarse en su pequeñez toda la sangre, todas las lágrimas, todos los sudores que significa vivir.

Morir es ser olvidado. Vivir es ser recordado. No hay más muerte que el olvido; no hay más vida que el recuerdo. Y su obra ha sido la constante rememoración de su tierra y de su gente, para que no mueran. Recordando ha querido vivir. Por eso escribe también: para no morir.

LOS HOMBRES QUE DISPERSÓ LA DANZA

Henestrosa considera que fue un escritor con mal arranque, pues tiene un pecado de origen: haber aparecido en las letras mexicanas con una obra indígena mientras todo mundo estaba pendiente de las letras europeas.

Para Luis Cardoza y Aragón, *Los hombres que dispersó la danza* es una obra de poesía indígena, que respeta la barbarie y el extraño refinamiento, el ritmo y las repeticiones, las insistencias y juegos característicos del pensamiento indígena. Una obra despojada de artificio, o de lo que hoy podríamos llamar *literaturidad*, porque ha sido escrita en lengua sencilla, ha sabido recoger "la imponderable materia de las leyendas". Desde luego que su pensamiento ha sido "humedecido por agua bendita". Obra clara del mestizaje primitivo que no es pretexto para fantasías personales: "su equilibrio —escribe Cardoza y Aragón— está hecho con la materia misma del respeto. Fidelidad a su

impureza...” Es símbolo y es mito porque su palabra es la del encantamiento, la del mito, que es la edad de la infancia. No es ficción, tampoco artificio, sino lo popular pulido por el tiempo.

Sin embargo, el propio Henestrosa llama fábulas a los relatos de *Los hombres que dispersó la danza*, fábulas que no contradicen el espíritu de su pueblo y por eso hay quien las atribuye a la tradición oral. No buscan la verdad histórica sino la poética, no es tradición oral sino ejercicio literario. Aunque también admite que su pequeño libro es síntesis de todas sus lecturas y conocimiento de la tradición zapoteca, no escrito con intención erudita sino “meramente literaria. Quise dilucidar en él un drama de expresión en lengua que un día me fue ajena”.

Según decir de Ernesto Mejía Sánchez, esta obra representa la primera reconstrucción de la antigua mitología mestiza del Istmo de Tehuantepec. Y Bernardo Ortiz de Montellano ha señalado la concomitancia de esta obra con *La tierra del faisán y del venado* (1922), de Antonio Mediz Bolio, y las *Leyendas de Guatemala* (1930), de Miguel Ángel Asturias.

EL RETRATO DE MI MADRE

Por su parte, *El retrato de mi madre*, fragmento de una carta escrita en Nueva Orleans, en agosto de 1937, a Ruth Dworkn, pianista de Chicago, es quizás la pieza narrativa de Henestrosa más apreciada y divulgada, que vino a consagrarlo —dice también Mejía Sánchez— como maestro de la prosa epistolar. “Es quizás la pieza narrativa de México que mayor número de veces ha pasado a la letra impresa, con excepción acaso de la *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, y *Canek*, de Ermilo Abreu Gómez, si se cuentan sus traducciones.”

Fue publicada originalmente en el primer número de la revista *Taller*, fundada por Rafael Solana, Efraín Huerta, Octavio Paz, entre otros. Precisamente Octavio Paz escribió, en 1980, esta anécdota:

Nuestro encuentro en el Café Paris era el primero tras varios años de no vernos. Le confié nuestro proyecto y le pedí que nos diese una colaboración para alguno de los primeros números. Se me quedó viendo, sacó de una bolsa unas páginas y me las entregó diciéndome: *lee esto*. Era un fragmento de una carta a una amiga norteamericana. Era también, para emplear las expresiones de Reyes, un *arranque* de novela. Mi seducción fue instantánea. Le pedí que me diese esas páginas para el primer número y al día siguiente se las entregué a Solana.

Dije antes que esas páginas no tienen una sola arruga: poseen la juventud sin edad de las obras que se acercan a la perfección. Un lenguaje nítido, nunca excesivo, a un tiempo reservado y tierno, sobrio y luminoso. Una prosa de andadura ligera, que nunca se precipita y nunca se retrasa: una prosa que llega a tiempo siempre.

Ernesto Mejía Sánchez sostiene que *El retrato de mi madre* habría que inscribirlo en el género de los relatos autobiográficos pero también epistolares. El diario íntimo y las memorias para el gran público equidistan perfectamente. “Habla del yo con toda entereza, pero no habla de él en público; la carta es privada, pero se publica. Sin las efusividades de la intimidad, sin la ostentosa, fría y calculada desvergüenza de las autobiografías personales.” Y cita como antecedentes del género las estampas maternas de Lamartine en *Las confidencias* (1849), los primeros capítulos de *Memorias de ultratumba* (1849-1850), de Chateaubriand, los *Recuerdos de provincia* (1850), de Sarmiento, sin olvidar la delicada *Constanza* (1921) del mexicano Guillermo Jiménez y el capítulo “El rayo”, del *Ulises Criollo* (1935), de Vasconcelos.

El retrato de mi madre ha sido incluido en la antología *Cuatro siglos de literatura mexicana* (1946), y en la edición que se hizo de esta carta en la colección Los Presentes, dirigida por Juan José Arreola, se agregó intencionadamente el artículo *El* al título original, buscando con ello dar categoría de texto clásico a la obra. La portada es de Juan Soriano e incluye dibujos, buriles y viñetas de Manuel Rodríguez Lozano, Vicente Rojo y Alberto Beltrán.

SU GUÉENDA ES UNA LECHUZA

Andrés Henestrosa sabe que su natural tendencia es escribir el mejor español, el de todo hombre culto. Por eso prefiere la sencillez. Se declara un escritor de puntos y seguidos, que rara vez usa paréntesis y casi nunca guiones. Eso se logra, dice, concretando el pensamiento en unas cuantas frases. Está contra los escritores oscuros, cuya opacidad hace encontrar a los críticos cosas que no están ahí, inventar lo que no existe porque no entienden el libro. Henestrosa rehuye las malas palabras, las obsenidades, la suciedad. Con los años llegó a escribir sin necesidad de hacer borrador. Escribe a mano y cuando es necesario dicta sus artículos periodísticos. Pero eso sí, su libro de cabecera siempre ha sido un diccionario. Desde luego que ha escrito mucho; no obstante, aún aspira a escribir la pequeña página que le sobreviva pues, dice, “de las que he escrito postulo que ninguna vale la pena, que en ninguna logré decir lo que quería. Pero también postulo que he escrito una página diaria desde que me acuerdo”. Nunca un escritor —piensa— por más grande que sea, puede estar satisfecho con lo que ha escrito, por la simple razón de que la palabra nunca llegará a expresar lo que realmente se quiere decir.

Andrés Henestrosa, para quien las lágrimas son gotas de agua salada que no lograron ser sangre, siente un cariño especial por las lechuzas, pues constituye una gran experiencia ver sus ojos escudriñar en las sombras la verdad, la belleza, el amor, todos los misterios de la vida. Hoy, que es un hombre añoso y lleno de sabiduría —seguramente porque uno de los cinco hombres que es, desciende, como todo zapoteca, de los árboles, y por eso su espíritu es flexible, como las raíces de donde brotó—, hoy debe poseer la extraña capacidad de convertirse, al ruido de una oración secreta, en su *guéenda* o doble, que seguramente es una lechuza, y así, desde su raíz milenaria, lo alcanza el prodigio de la perdurabilidad.

Convencido de que el dolor de algún modo purifica el alma y vuelve más humano, afirma que no hay que temerle a la tristeza, pues al final se impone un gesto piadoso: que entre el nacimiento y la muerte no exista nada, es decir, que los dos grandes acontecimientos de la existencia estén confinados por un devenir vacío, por una ignorancia eterna, que al final siempre prevalece. Mientras tanto, confiando en ese gesto piadoso, hay que trabajar, porque “el que trabaja, se trabaja; el que labra, se labra; y el que sueña anticipa realidades”. Durante ese devenir, nada de lo que un día no se entiende se pierde para siempre, pues se aprende con aquello que un día no entendimos.

Andrés Henestrosa confesó un día a Cristina Pacheco que el hombre se caracteriza por esperar, porque esperar “es una forma de lucha y de triunfo”, y la espera resulta triunfal “cuando el hombre de hoy se reconoce en el que fue ayer; cuando tiene absoluta conciencia del sitio donde está y permanece activo”. Un día supo que su personalidad no podía ser sino melancólica, que en zapoteca se dice *xilase*, *dzilase*: *dzi*, día, *lase*, *yase*, negro, es decir, día negro, que es de lo que mueren los huérfanos zapotecas, como él.

Blanco de día, indio de noche e indio siempre cuando escribe, ¿cuál podría ser, acaso, la hazaña que podría reclamar como suya? Por una parte haber conciliado sus idiomas, haber hecho uso de los hombres que fue hasta llegar a dominar la lengua española; la otra, haber avanzado por este camino, conociendo otras culturas sin desdeñar la propia, sin permitir que se borrara el paisaje de su pueblo, San Francisco Ixhuatán, para que al fin un día pudiera comentarse de él: “tras de recorrer el mundo, volvió a su tierra a morir”.

OBRA PUBLICADA

Relatos

Los hombres que dispersó la danza, Águilas, México, 1929.

Retrato de mi madre, Alcaraván, México, 1940.
Los cuatro abuelos (Carta a Griselda Álvarez), 1960.
Sobre el mí (Carta a Alejandro Finisterre), 1963.
Alacena de Alacenas, INBA, México, 1970.
Una confidencia a media voz (carta a Estela Shapiro), 1972.
Entonces vivía yo en Ixhuatán y me llamaba Andrés Morales
 (Carta a Cibeles Henestrosa), 1982.
Imagen de Ixhuatán (Carta a Olvido Salazar Mallén), 1982.

Las cuatro primeras cartas aquí mencionadas han sido reunidas en un volumen bajo el título de *El remoto y cercano ayer*, 1979. En 1969, bajo el título de *Obra completa* (Novaro, México), apareció en un volumen todo cuanto hasta entonces se había publicado en plaquetas y opúsculos.

De Ixhuatán, mi tierra, a Jerusalén, tierra del señor, 1976.
Belisario Domínguez (discurso), 1982.
La rosa rota (carta a Sara Eugenia Noriega Angoitia), 1982.

BIOGRAFÍA

Don Emilio (Biografía de Emilio Lanzagorta Unamuno), Bilbao, Gran Enciclopedia Vasca, 1980.

Estudio

Periodismo y periodista de Hispano-América. Apéndice al libro *El Diario. Vida y función de la prensa periódica* de George Weill, 1941.

Los caminos de Juárez, 1972.

Ensayos

Los Hispanismos en el idioma zapoteco, discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua, 1964.

Acerca del poeta y su mundo, respuesta al discurso de ingreso de Alí Chumacero a la Academia Mexicana de la Lengua, 1965.

De México y España, colección de artículos, ensayos y cartas, 1974.

Espuma y flor de corridos mexicanos, 1977.

Prólogos

Ermilo Abreu Gómez, *Héroes Mayas*, 1942.

Manuel González Prada, 1943.

Benito Juárez, *Ideario político*, 1944.

Hilarión Frías y Soto, *Álbum fotográfico*, 1954.

Francisco Monterde, *La dignidad de Don Quijote*, 1959.

Francisco González León, *Las cuatro rosas*, 1963.

Juan de Dios Peza, *Poetas y escritores mexicanos*, 1965.

Lila Pérezgasga, *Herida soledad*, 1964.

Rafael de Zayas Enríquez, Juárez. *Su vida-su obra*, 1971.

Carta de Indias, 1980.

Thomaso Porkacchi da Castiglione Arretino, *Descripción de la gran Ciudad e Isla Temistitán*, 1980.

Francisco Antonio Lorenzana, *Historia de Nueva España*, 1980.

Laura Rosen, *La casa auestas*, 1981.

Miguel Alemán Velasco, *Copilli: corona real*, 1981.

El maíz, riqueza del pobre, México, 1981.

Antología

Cuatro siglos de literatura mexicana (en colaboración con Ermilo Abreu Gómez, Jesús Zavala y Clemente López Trujillo), 1946.